



ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA. AÑO: 25, n° EXTRA 4, 2020, pp. 162-175
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA Y TEORÍA SOCIAL
CESA-FCES-UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA
ISSN 1316-5216 / ISSN-e: 2477-9555

Perspectivas disruptivas sobre el campo de la memoria en Colombia

Disruptive Perspectives in the Memory Field in Colombia

Jefferson JARAMILLO MARIN

<https://orcid.org/0000-0002-0016-7631>

jefferson.jaramillo@javeriana.edu.co

Pontificia Universidad Javeriana, Colombia

Alberto Antonio BERÓN OSPINA

<https://orcid.org/0000-0002-0296-0406>

alveos@utp.edu.co

Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia

Erika Paola PARRADO PARDO

<https://orcid.org/0000-0001-5434-1132>

eparrado@javeriana.edu.co

Pontificia Universidad Javeriana, Colombia

Este trabajo está depositado en Zenodo:
DOI: <http://doi.org/10.5281/zenodo.3931063>

RESUMEN

El artículo discute algunas perspectivas disruptivas sobre el campo de la memoria en Colombia. Lo disruptivo se entiende como un posicionamiento crítico e incluso en contravía de ciertos contenidos temáticos, conceptuales y metodológicos, "canonizados" y "mystificados" dentro de dicho campo. Resultado de la condensación de discusiones teóricas y, especialmente, de devenires autocríticos en torno a varios ejercicios de investigación sobre las "memorias del conflicto" en la última década, se abordan cuestiones que consideramos soslayadas en la discusión.

Palabras clave: Memoria, estudios de la memoria, campo de la memoria, Colombia

ABSTRACT

The article analyzes some disruptive perspectives about the field of memory in Colombia. Disruptive is understood as a critical position of thematic, conceptual, and methodological contents, "canonized" and "mystified" within this field of studies. Results of the condensation of theoretical discussions and, especially, of self-critical developments around various research exercises on "conflict memories" in the last decade, issues that we consider are avoided in the discussion.

Keywords: Memory, memory studies, memory field, Colombia.

Recibido: 01-05-2020 • Aceptado: 10-06-2020



INTRODUCCIÓN

En las dos últimas décadas, las memorias sobre el conflicto colombiano tomaron el protagonismo público frente a otros temas y agendas. La memoria fungió como “deber de estado” por vía de marcos normativos generando “efectos políticos y simbólicos” dentro de “una especie de régimen de verdad institucional” (Jaramillo, 2014; Castaño, Jurado y Ruiz, 2018; Castaño y Jurado, 2019). Por esa vía, la memoria pasó a ser un dispositivo reconstructivo utilizado para “esclarecer” el mapa del terror provocado por los actores armados en comunidades, colectivos y territorios (CNMH, 2013; Herrera y Cristancho, 2013).

Al tiempo que las memorias contribuyeron al archivo público del sufrimiento, fueron convertidas en nutriente de las discusiones de activistas, organismos de cooperación, artistas y académicos, así como en movilizadoras de demandas de organizaciones y colectivos de víctimas y defensores de derechos humanos (Acevedo, 2012; Herrera y Cristancho, 2013; Herrera y Pertuz, 2015; Jaramillo, 2014; Riaño y Uribe, 2016). A través de distintos artefactos, vehículos, repertorios, lenguajes, prácticas y espacialidades, las memorias del conflicto han sido narradas, exhibidas, representadas, archivadas o administradas con relativos impactos en los sujetos y colectivos afectados en el marco del conflicto, pero también con no pocos excesos (Cabrera, 2010; Blair, 2011; CNRR/GMH, 2009; CNMH, 2013; Giraldo, 2019; Herrera y Otoya, 2019; Jaramillo, Parrado y Torres, 2017; Jaramillo y Salamanca, 2019; Jaramillo, 2014; López, 2013; Sánchez y Escallón, 2007; Saiz, 2016; Suárez, 2016; Torres et al 2019; Villa, 2009; Acosta, 2015).

Este artículo de reflexión discute algunas perspectivas disruptivas dentro de lo que puede ser considerado como el “campo de la memoria” en Colombia. Lo disruptivo se comprende como un posicionamiento crítico, incluso en contravía de ciertos contenidos temáticos, conceptuales y metodológicos “canonizados” y “mistificados” dentro de dicho campo de saberes. Resultado de discusiones teóricas y de “devenires autocríticos”, sobre todo esto último, en torno a varios ejercicios de investigación de los autores sobre las “memorias del conflicto” en la última década, buscamos discutir algunas cuestiones que consideramos soslayadas en el debate público, muchas veces por nuestro excesivo “correctismo político”.

LA MISTIFICACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA¹

La preocupación por la memoria es un hecho social y cultural que acompaña las formaciones humanas. Siguiendo al historiador Enzo Traverso, “en todo tiempo y lugar las sociedades humanas han tenido una obsesión por la memoria colectiva y la han alimentado de ritos, ceremonias e incluso de políticas. Las estructuras más elementales de la memoria residen en la conmemoración de los muertos” (Traverso, 2007). En la cultura griega clásica, por ejemplo, una “defensa de la memoria” la protagoniza Antígona cuando busca recuperar el cuerpo de su hermano Polínices.

La cohesión social en distintas sociedades se fundamenta en gran parte en actos de “memoria colectiva”. Dos sociólogos, uno clásico y otro más contemporáneo, así lo han dejado ver. El primero fue Maurice Halbwachs al incorporar la categoría de “marcos colectivos” y más recientemente Michael Pollak nos ha recordado bellamente que “la memoria, es una operación colectiva que sirve para definir y reforzar sentimientos de pertenencia y fronteras sociales entre distintas colectividades: partidos, sindicatos, iglesias, aldeas, regiones, clanes, familias, naciones”. La referencia al pasado sirve, por tanto, bajo esta lógica “para mantener la cohesión de los grupos y las instituciones que componen una sociedad, para definir su lugar respectivo, su complementariedad, pero también las oposiciones irreductibles” (Pollak, 2006, p.8).

Si admitimos que la memoria, esa forma de representar colectiva e individualmente el pasado en el presente, es un hecho social y cultural innegable ¿cómo se explica que los “asuntos de la memoria” o la “cuestión de las memorias” hayan ingresado en el registro de preocupaciones urgentes y contemporáneas

¹ Algunas reflexiones en esta misma línea se encuentran en Jaramillo (2021).

de muchos países? ¿Como se explica que, en innumerables eventos académicos y de cooperación, la memoria sea siempre una de las invitadas centrales? Para responder a ello, algo analizado ya por filósofos como Reyes Mate (2008) o filólogos como Andreas Huyssen (2002), baste decir que hasta hace algunas décadas la memoria como tema o concepto contaba con muy pocos seguidores en las esferas académicas y en las agendas políticas globales; sin embargo, fue detonando como “discurso”, como “dispositivo”, como “tecnología”, como “vehículo”, como “boom representacional” a partir de la creciente desconfianza hacia las utopías políticas y a los denominados “metarrelatos históricos”. Ello coincide con la defensa neoconservadora del neoliberalismo global, la muerte anunciada a la bipolaridad liberalismo-socialismo y al “giro” posmoderno hacia el pasado o hacia lo “acontecimental” (Jaramillo, 2011; Berón, 2007). Todo ello ocurrirá en un momento bisagra entre el siglo XX y el XXI como lo han detallado historiadores como Eric Hobsbawm (2000) y Enzo Traverso (2007; 2016), del cual sin lugar a duda “1989” será una pieza histórica clave.

En ese concierto de cosas un filósofo como Walter Benjamin (2005) cobrará vigencia porque en lugar de detenerse a mostrar el carácter cohesionador de la memoria, mostrará las tensiones y disputas en torno a aquello que merece ser recordado. En su lectura, el pasado “expresa una vida propia”, en múltiples destellos y en especial la “historia de los vencidos”. Dentro de su “materialismo mesiánico” (Buchenhorts, 2009) Benjamin reitera una y otra vez la importancia de que hablen quienes fueron ferozmente acallados, o desechados por la historia misma. Si bien en la lectura de Benjamin hay una politización del pasado al enunciar al vencido históricamente como el protagonista, el sitio le será otorgado a la “víctima” por vía de la “narrativa transicional” o “el evangelio global de la transición” de las dos últimas décadas (Castillejo, 2017). En la perspectiva de Reyes Mate esto puede entenderse como un momento de desplazamiento radical dado que “para hacer frente al crimen perpetrado contra la humanidad – existen varios ejemplos de ello- la memoria emergió como una nueva categoría del pensar, a expensas del ‘logos’ tradicional”. No bastaba con recordar esto o aquello; había que entronizar la memoria como la categoría fundamental del conocimiento; había que hacer de la memoria una “actividad hermenéutica que visibilizara lo invisible”; había que hacer de la memoria un “imperativo” de justicia frente al horror, y especialmente, con todas esas víctimas que la historia condenó a ser solamente una cifra (Mate, 2008; Mardones y Mate, 2003).

Sin negar la importancia del imperativo filosófico de compromiso radical con el vencido y/o con la víctima lo cierto es que a lo que hemos estado asistiendo en Colombia desde hace dos décadas es a una instrumentación institucional, organizativa, política y académica de la memoria. Esto es evidente a través de un conjunto de procesos y prácticas que llamaremos de “incrustamiento” de las representaciones de nuestros pasados recientes, especialmente los que retumban de medio siglo para acá, bajo la forma de un “significante flotante” como el de memoria histórica. Este “significante flotante” movilizó por las experticias, organizaciones estatales, colectivos de trabajo con y desde las memorias, y la cooperación internacional, ha resultado ser tan habilitador como restrictivo, tan posibilitador, como bloqueador, tan abierto como ambiguo. Y lo ha sido porque a la vez que ha permitido colocar en la escena la necesidad de reconstruir las memorias del dolor y de las resistencias a nuestras violencias, encapsula muchos “otros” sentidos y aristas que tiene la memoria en la Colombia del siglo XX o incluso más hacia atrás en nuestra historia, en distintas coyunturas y temperaturas epocales.

Este significante ha sido central para la interpretación del pasado, por cuanto permite aglutinar aquello que comparten de forma mayoritaria los miembros de un grupo que disponen de un sentimiento de identidad común (Aguilar, 2008). En esa medida, actos e iniciativas, estrategias y actividades que en nombre de la memoria son movilizados como lo pueden ser los parques monumento, los museos de la memoria, los archivos de derechos humanos, los informes de comisiones históricas, las comisiones de la verdad, las conmemoraciones públicas resultan centrales para “combatir el olvido” y “crear consciencia” sobre la necesidad de la no repetición de los hechos de violencia en un país.

Más allá de esa definición “políticamente correcta”, puede decirse desde un básico ejercicio de genealogía que la categoría de memoria histórica en un momento dado en el país, quizá entre 2007 y 2011 estuvo conectada a la reconstrucción de hechos y voces enmarcados en casos emblemáticos como las

masacres. Luego de ese momento y hasta hoy, ha oscilado entre varias cosas: un proceso de reconstrucción de múltiples hechos victimizantes, daños e impactos a individuos, colectivos y grupos en diversas zonas, una sistematización de experiencias de resistencias a esos hechos en diversas partes del país, y una cada vez mayor valoración de iniciativas comunitarias y organizativas de memoria realizadas desde los propios agentes locales (Jaramillo, Parrado y Torres, 2017).

En todos ellos, gravita la idea de que la memoria histórica produce un relato histórico que da sentido desde múltiples voces, hechos y contextos a lo sucedido en determinado momento. Ese relato pluralizado o abierto, debe enfrentarse a una mixtura tan problemática como fructífera, entre la memoria como práctica experiencial y la historia como discurso crítico. Quienes movilizan esta noción, ya sea por una u otra vía, parten de la idea de que la memoria condensada en el “relato de la víctima” en la “voz del que ha padecido” es posible reconstruirla de forma participativa y dialogante, a través de diversas rutas de indagación como entrevistas en profundidad y talleres de todo tipo, complementando todo ello con fuentes secundarias como prensa, archivos oficiales y no oficiales, documentos de contexto e informes institucionales.

En el trabajo con la memoria histórica en el país, se asume que estas acciones reconstructivas pueden tener incidencia en cambios tanto institucionales de mediano alcance como en prácticas locales enquistadas, a través de las recomendaciones emitidas desde los mismos informes y remitidas a diversas entidades oficiales y no oficiales. Sin embargo, varias son las críticas frente a este significativo. Unas están asociadas con lo que deja por fuera la categoría, por ejemplo, las causas y protagonistas estructurales asociados con el modelo económico excluyente, con el régimen político que ha criminalizado o con la injerencia externa sobre el país (Estrada, 2015). Otras dejan ver su falta de apertura a otras “nociones alternativas” de memoria (Antequera, 2011); otras denuncian su falta de equilibrio entre lo político y subjetivo de la memoria y la rigurosidad académica de la historia como disciplina (Schuster, 2017), o su excesiva impronta estatizada (Blair, 2011). Finalmente, hay quienes ven esta categoría desprovista de politicidad, al reivindicar a la víctima y no a los vencidos históricos (Vega, 2016).²

Lo cierto es que, para el caso colombiano, aún falta un ejercicio crítico y juicioso, sin correcciones políticas, para valorar en sus justas proporciones el impacto de esta etiqueta en el discurso y en la práctica, en sus múltiples escalas territoriales, agendas de actuación, prácticas pedagógicas e impactos diferenciales en distintos sectores de la población (Jaramillo, Parrado y Torres, 2017)³. Puede que a través de los ejercicios de memoria histórica adelantados al menos entre 2007 y 2018, como ha insistido el exdirector del Centro Nacional de Memoria Histórica, Gonzalo Sánchez, y frente a lo cual no somos totalmente indiferentes, siempre se haya buscado renunciar a la pretensión de producir un relato hegemónico o desembocar en los peligros de los “relatos únicos” (Adichie, 2018). Puede que la memoria histórica en estas dos últimas décadas haya sido proclive a transformaciones y ampliaciones en la esfera pública, especialmente por la labor de una ciudadanía crítica, contribuyendo a afianzar algunos sentidos comunes de país o derivado, como lo plantean algunos autores, en un “relato abierto” (Castaño, Jurado y Ruiz, 2018). Sin embargo, en su andar, en su trasegar institucional, en sus encuadres políticos y en los tratamientos académicos – incluso de los cuales no hemos estado ausentes los que suscribimos este artículo- ha primado como significativo flotante - y por eso es por lo que también la memoria está siendo cautiva de los revisionismos de las derechas.

En síntesis, lo que queremos esbozar es que el significativo de memoria histórica, aunque logra ganar en legitimidad y madurez, ya es hora de abrirlo a la discusión e incomodidad política, epistémica, social y contextual. Como cualquier otra “palabra mágica”, para recoger la expresión de la pensadora y activista aymara Silvia Rivera Cusicanqui (2016), pensemos en términos como “paz”, “desarrollo”, “derechos humanos”, “identidad”, “reconciliación”, “nación”, “buen vivir”, “re-existencia” (esta última cobra cada vez más

² Para una crítica de la asimilación de la víctima a lo irreflexivo y también a una condición de des- subjetividad y despoliticación recomendamos la mirada de Gómez-Muller (2008, p.33- 36).

³ La dirección anterior del Centro Nacional de Memoria Histórica contrató un balance del trabajo metodológico y pedagógico del GMH-CNMH a lo largo de más de una década. Allí contribuyó el historiador Steve Stern. Este interesante documento vale la pena consultarlo (CNMH, 2018). Sin embargo, no hay, desde nuestra perspectiva una aproximación radicalmente crítica al significativo flotante de memoria histórica.

protagonismo entre los académicos y las organizaciones locales) la palabra “memoria histórica” termina seduciendo y fascinando, pero también domesticando, encubriendo, administrando y misticando lo que supone debe develar. La labor de abrir a la discusión lo mágico debe, por tanto, hacerse desde distintos registros y espacios y ello implica una tarea tanto genealógica como etnográfica, tanto crítica como imaginativa, difícil de realizar aquí, pero que se requiere en el campo de los estudios de memoria del país.

EL EXCESO RECONSTRUCTIVO DE LO DOLOROSO Y LOS DEFICITS DE MARCOS Y EXPERIENCIAS

En nuestra obsesión por comprender lo que hemos sido como país, con nuestros dolores e iras, horrores y esperanzas, el boom reciente de la memoria nos ha llevado a “pretender” reconstruir los dolores individuales y colectivos, a enajenar el dolor del otro y a expropiar la experiencia ajena de formas exageradamente extractivas -aunque habitualmente nos escudemos en “intencionalidades no extractivas” o en metodologías aparentemente colaborativas -⁴. Esto ha sido ya de sobra señalado por varios investigadores e investigadoras en el país (por ejemplo, Castillejo, 2009). Sin embargo, lo que queremos llamar la atención en este artículo es que todo exceso viene acompañado de déficits y en este caso tiene que ver con los marcos sociales y las experiencias en los cuales situar el dolor y la esperanza. Sobre estos hay que operar un giro para provocar lecturas más comprensivas, menos impresionistas.

Dos cuestiones al respecto tenemos por decir. Nuestra historia está atiborrada de marcos sociales donde anidan los recuerdos, los olvidos y los silenciamientos. Sobre ellos hay que volcar nuestra mirada, así se diga que los hemos estudiado ya profusamente. No está agotada la comprensión, por ejemplo, de las estrategias de paz-cifación durante los años 50 y 60, o los largos silencios del Frente Nacional, ni lo que sucedió durante la denominada “Guerra Sucia” de los años 80 con los movimientos cívico-populares, o más recientemente los saldos negativos que ha dejado la Seguridad Democrática en términos de desapariciones, ejecuciones extrajudiciales y cooptación mafiosa de las instituciones. Nos falta volver sobre el marco social sobre el cual se inventa mucho de la historia de lo que somos hoy: la cosmética republicana o el período de la regeneración. Cada uno de estos “marcos” son esenciales para comprender cómo se han instalado ciertas representaciones de país que perviven hasta hoy, hegemonizando unas narrativas y prácticas esencialistas, racistas, clasistas, higienistas, violentas y paz-cifadoras (Berón y Victoria, 2019; Jaramillo, Berón y Victoria, 2020).

De otra parte, se hace necesario acudir a la categoría de “experiencia”, relegada o no trabajada seriamente por memoriólogos, victimólogos, violentólogos y pazólogos en el país. A nuestro juicio muchos esfuerzos de memoria concentran sólo su énfasis en el “hecho victimizante”, en el “caso emblemático”, en el “archivo de dolor”, en la “tipologización de daños e impactos”. Muchos se quedan en “atrapar las voces” en relatos o piezas artísticas -con esto queremos ser también autocríticos con lo que hemos realizado a nivel de investigación los autores de este texto- y creemos que solo basta con dotarlas de “contextos explicativos” para hacer memoria. La “experiencia” como categoría, resulta útil para superar este exceso.⁵ La experiencia si bien es lo que se encarna en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales, habría dos formas de entenderla en la bisagra entre individuo – sociedad y en ello la obra del historiador británico Edward Palmer Thompson es sugerente. Una, como un “concepto mediador” que permite explicar la relación entre las determinaciones de las relaciones sociales de producción y la consciencia como sujetos (Thompson hablará de la consciencia de clase). La otra como “método de acercamiento”, es decir, como método de observación y de trabajo de todo lo que fuera posible comprender de los sujetos y colectivos (es decir la vida

⁴ Se recomienda, a propósito, el trabajo de José Carlos Agüero (2018). Este peruano, historiador, escritor y activista por los derechos humanos, ofrece rutas para transitar la evasión y la crueldad de la evidencia e incluso al “saqueo de la experiencia” a la que somete en muchas ocasiones la memoria histórica.

⁵ Las denominadas “sociologías del individuo” expuestas entre otros por Francois Dubet, puede también aportar en esta dirección a través de la categoría de “experiencia social”. Ver Dubet (2012)

en su conjunto y no simplemente el hecho doloroso): qué hacían, cómo vivían, por qué vivían como vivían, que imaginaron ser (Palmer y Badaró, 2014).

DEVELAR LOS RECUERDOS ENCUBRIDORES

Siguiendo a Freud ([1899];1986), entendemos los recuerdos encubridores como aquellas representaciones que están sustentadas en recuerdos que son menos importantes y que, por un proceso de desplazamiento, encubren y excluyen otros recuerdos más importantes y significativos. En nuestro país, quizá también en muchos países del continente, se ha posicionado un recuerdo encubridor mayor y es el de que “todos nos equivocamos, por tanto, todos somos responsables de lo que ha pasado”. Dicha imputación de responsabilidades al “nosotros nacional”, al “alma colombiana”, a la “cultura tropical del colombiano” o a la forma de ser el latinoamericano, desde nuestra perspectiva corre el riesgo de excluir o evaporar las responsabilidades individuales, además de resultar un recurso esencialista muy socorrido. Si bien, no se trata de hacer de la memoria un tribunal, si es clave que ella debe develar los recuerdos encubridores. Muchos de los ejercicios de memoria en Colombia están en deuda con ello. Hoy que se habla tanto del “rol histórico” que debe revestir la Comisión de la Verdad en Colombia, materializar este papel implicaría develar seriamente muchos de los recuerdos encubridores como país.

Recurriendo a un trabajo de develación, el profesor Alberto Valencia ha analizado la figura del General Gustavo Rojas Pinilla y el juicio político en el Congreso de la República que terminó jugando como “vulgata histórica de la tiranía”, encubriendo la responsabilidad de las élites en la Violencia de los años 50 durante el Frente Nacional (Valencia 2015). Este episodio señala como los marcos interpretativos con los que fue leído el Frente Nacional por las élites, terminó generando unas prácticas de desmemoria con saldos hasta el día de hoy. Aquí el recuerdo encubridor sería protector para las élites y una especie de “ancla” silente frente a las responsabilidades específicas sobre la *Violencia*. Ejercicios como estos, aplicados por ejemplo, a marcos políticos como los de la Seguridad Democrática, que historicen los recuerdos encubridores del embujo autoritario sigue faltándonos.⁶

Grandes promotores de recuerdos encubridores y des-memorias han sido en el país los medios de comunicación privados. Estos se han encargado de posicionar representaciones en muchos casos, estereotipadas y falsificadoras de lo ocurrido en la historia reciente. Una muestra de esto último, son las producciones televisivas de gran rating como *Tres Caines* (2013), acerca del origen del paramilitarismo o *El cartel de los sapos* (2008-2013), *Narcos* (2015) y *El General Naranjo* (2019), acerca de la “época de oro” del narcotráfico o también *La niña* (2016) sobre la vida de una adolescente dentro de la guerrilla de las FARC y su posterior reintegración en la sociedad (Schuster, 2017). La agenda mediática, así como puede denunciar lo ocurrido, opera como productora de relatos encubridores, como en estos casos. El resultado, es el posicionamiento de una memoria banalizada, simplificada y esencialista de nuestro pasado y presente (Schuster, 2017).

El dictum “todos somos responsables” se diferencia de la “responsabilidad histórica” con lo sucedido en el pasado. Este último asunto tuvo en vilo en los años 80 (y con ecos hasta el día de hoy) a historiadores y filósofos a propósito de la discusión sobre si el pueblo alemán era “responsable” frente al genocidio judío⁷. También ha sido una pregunta ética de la filosofía a la historia, más en tiempos de odios raciales y nacionales. Nuestra perspectiva asume que la denominada responsabilidad histórica no es un llamado a la “culpa

⁶Sobre los diversos impactos de la seguridad democrática y especialmente del Uribismo en el país, hay trabajos como *El embujo autoritario* o las investigaciones de León Valencia, Ariel Ávila y Claudia López. También están las versiones más periodísticas como las de Daniel Coronel, Gonzalo Guillén y Julián Martínez, pero no en la línea que proponemos.

⁷ Este debate suscitado en Alemania a mediados de los ochenta giró alrededor de la “verdadera naturaleza del nazismo” y se le conoció como «la disputa de los historiadores» o *Historikerstreit*. Evidenció la amplia influencia de los «revisionistas», partidarios de reescribir la historia del nazismo exonerando parcial o totalmente a muchos de sus protagonistas. El filósofo Jürgen Habermas hizo parte del debate evidenciando cómo el revisionismo había logrado permear la academia Alemania.

compartida” como pudo ser lo que derivó de la Comisión Investigadora de la Violencia en el año 58 (Jaramillo, 2014) o en las consignas de algunos políticos y opinadores nacionales de oficio. Mas bien, es una invitación a comprometernos con la densidad de nuestros pasados en la imaginación de porvenires posibles. Los ejercicios de memoria deben ser conscientes de este compromiso histórico.

EL VALOR DE LAS MEMORIAS INCÓMODAS O DISONANTES

Las memorias incómodas o disonantes ofrecen la posibilidad de abrir el relato a contramemorias, de navegar por narrativas alternativas en contravía de las establecidas sobre ciertos hechos, hitos y coyunturas. Un ejemplo, en su momento, fue el Libro Negro de la Represión, escrito por el Comité de Solidaridad con los Presos Políticos, CSPP en 1974. Hoy, poco se habla de este, pero condensó unas memorias habitualmente demasiado incómodas, plebeyas, sucias⁸ para las élites del país: las violaciones producidas por el Estado Colombiano a los derechos humanos. En su momento, como ha sucedido luego, la tradicional “desmemoria institucional” se amparó en las afirmaciones de Carlos A. Dunshee de Abranches, presidente de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, CIDH, para desvirtuar lo que allí estaba escrito, reduciendo el libro a simple pasquín. Este personaje, visitó a Colombia en 1973, afirmando para gusto de muchos que el país “daba un espectáculo de equilibrio democrático” como ningún otro (González – Jácome, 2016, p. 124). El informe se concentra en denunciar ese equilibrio, mostrando los cuerpos torturados y a la fuerza pública reprimiendo civiles; además, de la ira popular, expresada en su momento en jóvenes guerrilleros y movilizaciones populares.

La incomodidad frente a ciertas memorias sigue siendo un hecho en el país, por ejemplo, las memorias de las violencias antisindicales. Hacia mediados del año 2019, un informe sobre este tipo de violencia fue objeto de disputa frente a la negativa de la actual dirección del Centro Nacional de Memoria Histórica de realizarlo públicamente, teniendo lugar finalmente en la Universidad de los Andes, el 29 de mayo de 2019. El informe al que nos referimos lleva por título “*Y a la vida por fin daremos todo... Memorias de las y los trabajadores y extrabajadores de la agroindustria de la palma de aceite en el Cesar, 1959-2018*”. El historiador Rubén Darío Acevedo Carmona, actual director de esta entidad, ha escrito varios textos expresando su incomodidad frente a lo que considera son “errores de apreciación y valoración de los activistas académicos y de las entidades izquierdistas que la denuncian” y señalando que en el país lo que ha ocurrido son “violencias por motivaciones políticas y económicas que han rebasado en todo tiempo la acción y la represión estatal” (Acevedo, 2018^a; 2018b, p. 259).

Otra expresión de narrativa disonante en el país ocurrió hace cerca de 100 años, con el pensamiento del indígena Manuel Quintín Lame. Sin detenernos en si la figura de Quintín ha sufrido de inflación o devaluación antropológica o histórica, lo consideramos expresión de la contramemoria a nivel local y regional. En libros como *En defensa de mi raza*, y en algunos documentos que se editaron bajo el título de *Las luchas del indio que bajó de la montaña al valle de la «civilización»* habló de la invasión y la usurpación de la tierra, planteando uno de los dilemas que históricamente siguen incomodando a las élites: integración a la nación o resistencia local. Otro ejercicio de narrativas disonantes son las comprendidas bajo la etiqueta de “memorias rebeldes y/o militantes”. En ellas podemos ubicar dos tipos que buscan pista para ser escuchadas e historizadas: las de los combatientes sin armas, expresadas en subjetividades militantes no violentas (pensemos, por ejemplo, en los farianos y farianas que se acogieron a la paz pactada); las de los movimientos cívico-populares de los años ochenta que no han tenido protagonismo en el relato hegemónico⁹

⁸Esta idea la retomamos del filósofo camerunés Achille Mbembé para quien “la memoria popular nunca cuenta historias limpias, no hay memorias puras y diáfanas. La memoria siempre es sucia, siempre es impura, siempre es un collage”. Entrevista realizada por El Diario de España, disponible en https://www.eldiario.es/interferencias/Achille-Mbembe-brutaliza-resistencia-visceral_6_527807255.html.

⁹Es importante mencionar que en Colombia las memorias militantes que han denunciado el exterminio político de la oposición política, y que por tanto resultan incómodas o disonantes para la narrativa oficial, no han tenido igual protagonismo en la escena pública. Aquí hay un

Terminamos este punto señalando que los artistas son claves en potenciar, movilizar y agenciar memorias incómodas y esto lo logran por la ductilidad de lenguajes y repertorios visuales, plásticos, sonoros, audiovisuales y performativos con los que se expresan. Trazos de lo anterior se pueden encontrar en las obras de Erika Diettes, Clemencia Echeverry, Juan Manuel Echavarría, Doris Salcedo, Jesús Abad Colorado, entre muchos otros. Sin embargo, hay que ser precavidos y sospechar del exceso de protagonismo que han adquirido estos “productores culturales de memoria”. Lo anterior lo mencionamos dado que obras que “pretenden ser políticas” (en sentido transformativo y también de incomodidad) dejan de serlo o corren un riesgo enorme— del que seguramente algunos de estos productos son conscientes - cuando entran en los engranajes del espectáculo, el marketing y el beneplácito político¹⁰. De ahí también que el rastreo de las memorias incómodas deba girar hacia los repertorios artísticos y ensambles culturales producidos local y regionalmente por productores que no hacen parte del canon.

¿TIENE LA MEMORIA POTENCIAL TRANSFORMADOR?

Son varios los autores que han reiterado y apostado por unas memorias que en medio de la guerra y más allá de ella, permitan imaginar escenarios de futuro y que no anclen solo al pasado doloroso de las personas y comunidades afectadas (Berón, Arciniegas, Jaramillo y Castillo, 2020; Jaramillo, 2016; Solarte et al, 2016; Jaramillo, Parrado y Loudior, 2019; Jaramillo, Parrado y Torres, 2017; Salamanca y Jaramillo, 2019; Torres et al, 2019; Parrado, 2017; Vignolo, Jaramillo y Cabrera, 2017; Castaño, Jurado y Ruiz, 2018). Recientemente la filósofa Ana María Rabe (2019) ha sugerido algo que suscribimos y es que la memoria en el país no debería concebirse “como meramente retrospectiva, sino como crítica, reparadora, reivindicativa y productiva en el presente y abierta al futuro”. La misma preocupación ha rondado las agendas de organizaciones sociales y de colectivos de trabajo alrededor del tema.

El diagnóstico del cual parten algunos de ellos, es que una gran parte de los ejercicios de memoria histórica realizados en el país pusieron el lente sobre el hecho doloroso, acometiendo un inventario del trauma y edificando su sentido sobre una tipología fría de hechos, daños, impactos y cadenas explicativas, y por tanto, se requiere trascender este horizonte helado. El desafío, por tanto, estaría en percibir las memorias como abiertas a proyectos más humanos, más cercanos, más comunes, a proyectos de fortalecimiento organizativo, a procesos de reafirmación y re-existencia de la vida en su integralidad política, cultural, física, económica, natural, territorial, íntima.

¿Pero cómo reconocer o percibir en la memoria su potencial transformador o su apertura al futuro? ¿Cómo no ceder tan fácilmente al esencialismo estratégico que puede derivar de la idea de “imaginación del porvenir”? ¿Cómo saber cuándo es transformador un ejercicio de memoria para una comunidad y cuando no es más que una impostura intelectual, un delirio filosófico o una especie de mesianismo académico? No tenemos como investigadores “la respuesta” sobre dichos asuntos. Por ahora aportamos tres pistas provisionales, resultado de la experiencia derivada de varios años de pesquisa en el tema. La primera tiene que ver con la reflexividad y la autocritica que debe acompañarnos a los que impulsamos o incidimos en procesos locales. Esto puede ayudarnos a leer de mejor manera cómo contextualmente se habilita o se bloquea la transformación, con qué repertorios culturales o políticos las personas y comunidades resisten tradicionalmente a las adversidades y violencias, qué es lo que está en juego en un tejido organizativo que puede hacer posible la imaginación de un porvenir, o incluso cómo los académicos pueden contribuir,

diferencial que no se puede obviar en el debate. Un ejemplo de ello son las memorias de la Unión Patriótica (más protagónicas) y las de A Luchar (menos protagónicas). Para rastrear estas memorias, entre otros trabajos, se recomienda la investigación de Yesid Campos (2008) en el caso de la UP y la tesis de maestría de Diego Fajardo (2017) en el caso de A Luchar.

¹⁰ Ver, por ejemplo, la sugerente crítica de Yepes (2010) al trabajo de la celebrada Doris Salcedo. En otra dirección, pero también muy rica para un examen de las potencias y fragilidades de la relación arte y memoria está el trabajo compilado por la filósofa colombiana María del Rosario Acosta (2015)

bloquear o fracturar sueños y procesos.

La segunda pista es reconocer directamente, sin mucho rodeo analítico, que en sí mismos los procesos locales otorgan luces constantes sobre el sentido de la transformación por vía de ejercicios de memoria que se han adelantado en medio del conflicto. Así, en ocasiones, la transformación ha sido resultado de la persistencia de “procesos ciudadanos” que pese a todas las presiones de los actores armados no dejan, ni dejarán de afirmar la vida en medio de las muchas adversidades, como nos lo cuenta la socióloga Camila Saiz (2016) para el caso de Tiquisio, Sur de Bolívar. En otros casos, opera a través de la denuncia creativa y cotidiana a lo que sucede en contextos fracturados por violencias estructurales y despojos cotidianos y sistemáticos (por ejemplo, del agua, de la tierra, del aire, del espacio público, de los sueños) tal y como lo han mostrado Jaramillo, Parrado y Louidor (2019) o Parrado (2017). Por momentos, la transformación viene de la mano de “puestas en escenas” o “producciones culturales” que ayudan a recomponer tejidos emocionales individuales y colectivos, como lo muestran (Jimeno, Castillo y Varela, 2010) en sobrevivientes de masacres como las del Naya o el *Documental Entre Fuegos Cruzados*, emitido al público recientemente y donde la figura central es la del líder Leyner Palacios, uno de los sobrevivientes y memoriantes de la masacre de Bojayá. En otras situaciones, la memoria puede tener potencial transformador cuando el futuro se imagina y se potencia desde institucionalidades comunitarias como la Junta de Acción Comunal, el Consejo Comunitario, las cooperativas de trabajo, o la casa cultural, bien sea para hacer frente “al desprecio del centro”, como lo cuentan los pobladores de Gaviotas, Guaviare (Torres et al, 2019) o romper con el estigma de ser una Plaza Roja, como lo afirman líderes sociales de Quinchía, Risaralda (Jaramillo, Berón, Victoria, 2020).

La última pista quiere señalar que un ejercicio de memoria puede ser transformador, aunque no hay garantía que así lo sea, si se propende por una artesanía investigativa más comprometida con la vida común de la gente en los territorios, más auténtica y lenta y con menos pose y prisa, más consciente de los privilegios que tienen (que tenemos) los investigadores y cómo aprovecharlos para amplificar posibilidades para otros, más sencilla en sus procedimientos, más antidogmática en sus marcos teóricos, más autocrítica en campo, con una comunicación más simétrica, apelando a la devolución sistemática constante, al control colectivo de los procesos y al cuidado como política y ética. Esto no es nada nuevo, abrevia en una tradición de trabajo ya larga, conectada con la IAP y en una serie de principios que muy bien resumió el sociólogo Orlando Fals Borda (1997) y sobre los cuales hay que volver la mirada y la praxis.

EPÍLOGO

El campo de los estudios sobre memoria eclosionó en Europa hacia los años 80, en parte como respuesta a la crisis de los grandes metarrelatos históricos. En Colombia, el sintagma memoria histórica cobró vida desde la primera década del siglo XXI. Un gran interrogante se nos presenta hoy ¿Cuánto podrá soportar este sintagma, el peso de los usos y abusos descritos en el texto? Como se ha mostrado, los ejercicios de memoria en el país no han escapado a mistificaciones, aunque también han potenciado transformaciones y aperturas. La investigación crítica, autoreflexiva y comprometida puede servir para enfrentar el desgaste propio que tienen en el tiempo conceptos tan “flotantes” como estos.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO, R. D. (2018a). "Violencia contra sindicalistas más inquietudes que certezas". En: Rubén Darío Acevedo. De historia y de política. Compilación de ensayos e investigaciones (pp. 245- 252), Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- ACEVEDO, R. D. (2018b). "Violencia contra sindicalistas y trabajadores sindicalizados en Colombia, 1984-2011". En: Rubén Darío Acevedo. De historia y de política. Compilación de ensayos e investigaciones (pp. 253- 260). Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- ACEVEDO, O. (2012) Geografías de la memoria. Posiciones de las víctimas en Colombia en el período de justicia transicional. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- ADICHIE, C. (2018). El peligro de la historia única. Penguin Ramdon House, Barcelona.
- AGÜERO, J. C. (2018). Persona. Fondo de Cultura Económica, Lima.
- AGUILAR, P. (2008). Políticas de la memoria y memorias de la política. Alianza Editorial, S.A, Madrid.
- ANTEQUERA, J. (2011). La memoria histórica como relato emblemático. Agencia catalana de Cooperación, Bogotá.
- ACOSTA, M. R. (2015) (compiladora). Resistencias al olvido: memoria y arte en Colombia, Universidad de Los Andes, Bogotá.
- BLAIR, E. (2011). "Memoria y poder: (des)estatalizar las memorias y (des)centrar el poder del Estado". Universitat Humanística, No 72, julio-diciembre, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 63-87.
- BENJAMIN, W. (2005). Tesis sobre la historia y otros fragmentos. Contrahistorias, México.
- BERÓN, A., ARCINIEGAS, J. P., JARAMILLO, J y CASTILLO, I (2020). Entre Cerros y Montañas. Memorias de Resistencias en Quinchía, Colombia. Desde abajo, Bogotá (En prensa).
- BERÓN, A. y VICTORIA, C. (2019). "Las fantasmagorías de la regeneración. Vigencia en el tiempo de una visión autoritaria", El Servicio a la sociedad a través de la investigación de la Universidad Tecnológica de Pereira, UTP, Pereira, pp. 276-297.
- BERON, A. (2007). *Filosofía y Memoria. El regreso de los espectros*. Hoyos editores. Manizales
- BUCHENHORST, R (2009). Prefacio Mesianismo y vida cotidiana. Caracterización del pensamiento de Walter Benjamin. En: Benjamin, Walter. *Estética y política*. Editorial Las cuarenta, Buenos Aires, pp. 11-30.
- CAMPOS, Y. (2008) El Baile Rojo. Relatos no contados del genocidio de la UP. Random House Mondadori, Bogotá.
- CABRERA, M. (2005). "Exceso y defecto de la memoria: violencia política, terror, visibilidad e invisibilidad." Oasis, 11, noviembre, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, pp. 39-56.
- CASTAÑO, D. y JURADO, P. (2019). "¿Cuál memoria? Los efectos políticos y el orden simbólico de los trabajos oficiales de memoria". Colombia Internacional, 97, Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 47-171.
- CASTAÑO, D., JURADO, P. y RUIZ, G. (2018). "La memoria como relato abierto. Retos políticos del trabajo de los centros de memoria". Revista Análisis Político, 93, Universidad Nacional, Bogotá, pp. 3-19

- CASTILLEJO, A (2017) Introducción. Dialécticas de la Fractura y la continuidad: elementos para una lectura crítica de las transiciones. En: Castillejo, Alejandro (edición y compilación). La ilusión de la Justicia Transicional: perspectivas críticas desde el Sur Global, Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 1-56.
- CASTILLEJO, A (2009). Los archivos del dolor: Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea. Universidad de los Andes, Bogotá.
- CNMH (2018). La memoria nos abre camino. Balance metodológico del CNMH para el esclarecimiento histórico. Centro Nacional de Memoria Histórica, Bogotá.
- CNMH (2013). ¡Basta Ya! Colombia, memorias de guerra y dignidad, CNMH, Bogotá.
- CNRR/ GMH (2009). Memorias en Tiempo de Guerra. Repertorio de iniciativas. CNMH, Bogotá.
- DUBET, F. (2012). ¿Para qué sirve realmente un sociólogo? Siglo XXI editores, Buenos Aires.
- ESTRADA, J. (2015). Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada. Elementos para una interpretación histórica del conflicto social y armado. En: Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, Desde Abajo, Bogotá.
- FALS -BORDA, O (1997). El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la Praxis. Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- FAJARDO, D. M (2017) Luchas, resistencias y genocidio del movimiento ¡A Luchar!, Tesis de Maestría en Historia. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- FERNÁNDEZ-SAVATER, A., LAPUENTE, P y VARELA, A. (2016). «Cuando el poder brutaliza el cuerpo, la resistencia asume una forma visceral» Entrevista con Achille Mbembe. El Diario, 17 de junio de 2016. Disponible en: https://www.eldiario.es/interferencias/Achille-Mbembe-brutaliza-resistencia-visceral_6_527807255.html
- FREUD, S. (1986) "Sobre los recuerdos encubridores". En: Obras completas. Amorrortu Editores, Tomo III, Buenos Aires, pp. 297-315.
- HALBWACHS, M. (2004). Los marcos sociales de la memoria, Anthropos, Barcelona.
- HERRERA, M y OLAYA, V. (2019). "Violencia política y relatos desde la dimensión subjetiva". Historia y Memoria, 18, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, pp. 49-76.
- HERRERA, M y PERTUZ, C. (2015). "Narrativa testimonial y memoria pública en el contexto de la violencia política en Colombia" Kamchatka, 6, Universitat de Valencia, Valencia, pp. 913-940
- HERRERA, M y CRISTANCHO, J. (2013). "En las canteras de Clío y Mnemosine: apuntes historiográficos sobre el Grupo Memoria Histórica", Historia Crítica, 50, Universidad de los Andes, Bogotá, pp. 183-210.
- HOBSBAWM, E. (2000). Historia del siglo XX, Editorial crítica, Barcelona.
- HUYSEN, A (2002). En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempo de globalización. Fondo de Cultura Económica, México.
- GIRALDO, M. L. (2019). "Huellas para evocar las ausencias en el Salón del Nunca Más", Clepsidra Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria, Volumen 6, Número 11, marzo, CONICET- IDES, Buenos Aires, pp 142-159.
- GÓMEZ-MULLER, A. (2008). La reconstrucción de Colombia. Escritos políticos. La Carreta Editores, Bogotá.

GONZÁLEZ-JÁCOME, J (2016). "Derechos Humanos y Pensamiento de Izquierda en Colombia (1974-1978): Una lectura de 'El Libro Negro de la Represión'" Universitas, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 133: 105-137.

JARAMILLO, J (2021). "Formas de la memoria en Colombia: fricciones y encuentros", saldrá publicado en el libro Los futuros de la memoria: hacia una redefinición de los derechos y los usos del pasado en las democracias latinoamericanas. New York: NC State University, editado por Michael J. Lazzara & Fernando A. Blanco (En prensa).

JARAMILLO, J, BERÓN, A. A., y VICTORIA, C (2020) "Pacificación territorial e insubordinación social en una 'Plaza Roja'. El caso de Quinchía, Colombia", Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, 47, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 113-150.

JARAMILLO, J, PARRADO, E., y LOUIDOR, W. (2019), "Geografías violentadas y experiencias de reexistencia. El caso de Buenaventura, Colombia, 2005-2015" Revista Iconos, 64, Flacso Ecuador, Quito, pp. 111-136

JARAMILLO, J, PARRADO, E y TORRES, J. (2017) "Los trabajos de y con la(s) memoria(s) en Colombia (2005-2016)". En Sara Victoria Alvarado ... [et al.] Las ciencias sociales en sus desplazamientos: nuevas epistemes y nuevos desafíos. CLACSO/Universidad de Manizales/CINDE/ Universidad Javeriana/Instituto de Bioética/ Universidad Simón Bolívar/ARNA, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, pp. 119-146.

JARAMILLO, J (2016). "La importancia de las memorias en Colombia". Revista Javeriana. Vol 152, No 828, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 22-27.

JARAMILLO, J. (2014). Pasados y presentes de la violencia en Colombia. Estudio sobre las comisiones de investigación, 1958 - 2011. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

JARAMILLO, J. (2011). "El giro hacia el pasado. Reflexiones sobre su naturaleza e impactos" Folios, 33, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá. pp. 65-80.

JIMENO, M, CASTILLO, Á., VARELA, D (2010), "A los siete años de la masacre del Naya: la perspectiva de las víctimas", Anuario Antropológico, 2009 - 2, Universidad de Brasilia, Brasilia, pp.183-205.

LÓPEZ, W.A. (2013). Museos en tiempos de conflicto: Memoria y ciudadanía en Colombia. Cuadernos de Museología. Universidad Nacional, Bogotá.

MARDONES, J. M y MATE, R (ed.) (2003) La ética ante las víctimas. Anthropos, Barcelona.

MATE, R (2008). Justicia de las víctimas. Terrorismo, memoria, reconciliación. Anthropos, Barcelona.

PALMER, B. y BADARÓ, M (2014) "E.P. Thompson y la Formación de la clase obrera en Inglaterra, 50 años después", entr. Carlos Alberto Ríos Gordillo y Alejandro Estrella González. Trashumante. Revista Americana de Historial Social 4, Universidad de Antioquia y Universidad Autónoma Metropolitana Cuajimalpa. Colombia y México, pp. 111-131.

PARRADO, E. (2017). "La memoria surge en plural: procesos organizativos e iniciativas de resistencia política en Buenaventura, 2006-2016". Tesis de pregrado en Ciencia Política. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

POLLAK, M. (2006). Memoria, Olvido y Silencio. Al Margen, La Plata.

RABE, A. M. (2019). "La memoria no es "cosa del pasado". Los retos de la memoria en Colombia desde una perspectiva filosófica" Philosophical Readings, (XI) 3, Universita de Venecia Ca Foscari, Venecia, pp. 209-216.

RIAÑO, P y URIBE, M.V. (2016). "Constructing Memory amidst War: The Historical Memory Group of Colombia", International Journal of Transitional Justice, 10 (1), Oxford University Press, Oxford, pp. 6-24

- RIVERA -CUSICANQUI, S. (2016) "Palabras mágicas. Reflexiones sobre la naturaleza de la crisis del presente". Disponible en: <http://obiieg.u-jazdowski.pl/en/numery/terradeformacja/magiczne-slowa>
- TRAVERSO, E (2007). El pasado, instrucciones de uso. Historia, Memoria y Política. Marcial Pons, Madrid.
- TRAVERSO, E. (2016). La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- SAIZ, C. (2016). Memorias de Tiquisio, Bolívar. Por la defensa de la vida y la permanencia en el territorio. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- SALAMANCA, C y JARAMILLO, J. (2019). Políticas, espacios y prácticas de memoria. Disputas y tránsitos actuales en Colombia y América Latina. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- SÁNCHEZ, G y ESCALLÓN, M. E. (2007). "Memoria, imagen y duelo. Conversaciones entre una artista y un historiador". Análisis Político, 60, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá: pp. 60-90
- SOLARTE, R., et al (2016) "Memorias reparadoras, la clave para seguir", Pesquisa Javeriana. 36. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp 4-5
- SCHUSTER, S. (2017). "Memoria sin historia: una reflexión crítica acerca de la reciente 'ola memorial' en Colombia". Metapolítica, No 96, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, pp 44-52.
- SUAREZ, J.E. (2016). La literatura testimonial como memoria de las guerras en Colombia: Siguiendo el Corte y 7 años de secuestrado. Fondo Editorial de la Universidad de Antioquia, Medellín.
- TORRES, J. et al (2017). El vuelo de las gaviotas. Memorias de Colonización y resistencia afro y campesina en el Guaviare. Centro Nacional de Memoria Histórica, Consejo Comunitario Laureano Narciso Moreno, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- VALENCIA, A (2015). La invención de la desmemoria. Universidad del Valle, Cali.
- VEGA, R. (2016). "Crítica a la noción de víctima". El Colectivo, 14, <https://elcolectivocomunicacion.com/2016/12/16/critica-a-la-nocion-de-victima/>
- VILLA, J.D. (2009) "La memoria como territorio en disputa y fuente de poder: un camino hacia la dignificación de las víctimas y la resistencia no violenta", Recordar en conflicto. Iniciativas no oficiales de memoria en Colombia, ICTJ, Bogotá. pp. 73-102.
- VIGNOLO, P.; JARAMILLO, J.; CABRERA, M. C. 2017 "Nota de la editora y los editores invitados: Memorias del presente y del futuro: ¿cómo, para quién, para qué?", Revista Colombiana de Sociología, N° 42 (1), Universidad Nacional de Colombia, Colombia, pp. 13-21.
- YEPES, R. D. (2010). La política del arte. Cuatro casos de arte contemporáneo en Colombia. Tesis de Maestría en Estudios Culturales. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá

BIODATA

Jefferson JARAMILLO MARIN: Doctor en Investigación en Ciencias Sociales, Flacso, México. Líder del grupo de investigación Política Social y Desarrollo (Categoría A1, Colciencias) y miembro del GT Clacso Memorias Colectivas y Prácticas de Resistencia. Sus intereses de investigación son la memoria, la violencia y la paz. Profesor Titular del Departamento de Sociología, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Su publicación más reciente es el libro *Políticas, espacios y prácticas de memoria. Disputas y tránsitos actuales en Colombia y América Latina*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana (coeditado con Carlos Salamanca).

Alberto Antonio BERON OSPINA: Doctor en Historia de América Latina de la Universidad Pablo Olavide, España. Líder del grupo de investigación Filosofía y Memoria (Categoría A, Colciencias). Sus intereses de investigación son la teoría crítica, la memoria y la violencia. Ha realizado estancias de investigación en el Instituto de Filosofía del CSIC de España. Profesor Titular de la Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia. Su publicación más reciente es el capítulo "La memoria como una propuesta de justicia" en el libro *En Claves de la Justicia desde América Latina*, Valencia: Instituto Joaquín Herrera Flores/tirant lo blanch, vol. 6 (2019).

Erika Paola PARRADO PARDO: Magíster en Estudios de Paz y Resolución de Conflictos de la Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Miembro del GT Clacso Memorias Colectivas y Prácticas de Resistencia. Sus intereses de investigación son la construcción de paz y las prácticas de memoria. Profesora de Cátedra del Departamento de Historia, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Su publicación más reciente es el artículo "Geografías violentadas y experiencias de reexistencia. El caso de Buenaventura, Colombia, 2005-2015." *Revista Iconos*, 64: 111-136 (en coautoría con Jefferson Jaramillo y Woody Edson Loudior).